
Retablo de imposturas

Joaquín Álvarez Barrientos

No son pocos los que piensan que en el mundo literario es incorrecto utilizar el término falsificaciones, porque o no se dan o, si acaso, son muy pocas y más bien bromas o juegos, ya que no se produce el efecto del engaño. Suponen que el requisito necesario para que exista una falsificación es que haya engaño. Y sin embargo, dejando a un lado el que siempre hay en la ficción –permitido por el pacto que se establece entre lector y autor–, la literatura apócrifa se caracteriza precisamente por engañar y confundir, pues se hace pasar por lo que no es. Que no siempre haya consecuencias graves en ese engaño, comparables a las que se dan en otros ámbitos de la realidad, no exime a esa literatura de producir ese efecto una vez que se es consciente del equívoco producido. El lector es engañado hasta que sabe que ha sido engañado, es decir, hasta que se descubren la verdadera autoría, la fecha correcta, etc. Y, como en otros ámbitos, la variedad de falsificaciones y la de sus efectos es como la de los engaños, que

pueden ir desde las consecuencias de la mentira a las de la mentirijilla.

Sobre el engaño

Que esa forma de engaño o decepción adquiera en algunos autores el tono o el aspecto de un juego sólo añade posibilidades y no resta a lo apócrifo su condición engañosa, que se manifiesta según diferentes recursos, prácticas, niveles y alcances, desde el llamado juego literario —que es una denominación de los críticos para disimular el sentimiento de culpa por lo que ha hecho el responsable de su tema de estudio— hasta el pastiche, la superchería, la mixtificación, el heterónimo, etc., usos todos metaliterarios de la mentira verosímil, no sólo de la mentira en sentido moral, pues el engaño es la base del arte, sea o no literario, ya que desde la mentira, amable o no, se produce el efecto contrario de alcanzar la sensación de verosimilitud y también la de credibilidad.

Un falsario literario produce un objeto artístico de consecuencias tanto estéticas como históricas, además de morales. Pero una falsificación literaria no es sólo un engaño, es mucho más y sus implicaciones, así como las razones que llevan a su fabricación, son profundas y variadas, y a lo que un historiador de este tipo de producciones debe atender es a éstas y no, porque es cuestión baladí y obvia, quedarse en si hay o no hay engaño, o en si éste es mayor o menor, como ha sido hasta ahora la práctica habitual de los pocos que se han acercado a esta materia, casi siempre de manera anecdótica y superficial, puesto que era un «juego» o una «broma». Lectura diferente es la que hace, con solvente eficiencia, María Rosell en *Los poetas apócrifos de Max Aub* (2012) y en su inminente libro *La superchería moderna en las artes y las letras: el otro Max Aub* (2015). Es, también, la que yo hago en *El crimen de la escritura. Una*

historia de las falsificaciones literarias españolas (2014) y la que pretendo hacer en las páginas que siguen.

Porque no son sólo engaños, y seguramente porque también lo son, deberíamos emplear sin miedo la palabra falsificación para referirnos a estas prácticas a las que así mismo se aplican términos más «científicos», en teoría más asépticos, como apócrifo y heterónimo. El problema es que ambos designan sólo parcialmente la actividad falsaria. Del mismo modo, hay que comprender que la carga moral que se emplea al denominar a una obra literaria como falsa no es la misma que la utilizada en otros ámbitos de la realidad –el económico, por ejemplo–. Gran parte del problema que existe a la hora de nombrar a la literatura apócrifa y de valorarla deviene de que el campo semántico que designa esa experiencia proviene del ámbito legal y se aplicó antes de manera punible a aspectos de la experiencia humana cuya falsificación producía graves efectos sobre la sociedad. Que muchos, al hablar de la literatura falsa, rechacen esa denominación en aras de una supuesta ausencia de engaño sólo indica que aplican al producto artístico –sea del orden que sea– un criterio no estético sino moral, ético, histórico e incluso financiero, de manera que transmiten la creencia de que calificar algo literario de falso significa infravalorarlo o que tiene menos nivel que lo auténtico –sobre todo si su autor es conocido y relevante–, cuando no es así. Con falso sólo se alude a que su elaboración emplea elementos estéticos e históricos más amplios que los utilizados por la literatura auténtica, y a que, además, engaña en un plano distinto del de esa literatura.

Pero es que, además, a este fenómeno se le asocia el de pensar que lo apócrifo es inferior a lo original y a lo auténtico. De manera que, si se descubre que un autor reconocido ha producido una obra falsa, se tiende a considerarla inferior o menor en su bibliografía, o una broma sin importancia (aunque su importancia sólo dependerá de su alcance). Hay excepciones, por supuesto: ahí

está el caso de Max Aub, pero no es lo corriente. Lo corriente es que la obra apócrifa quede relegada al segundo plano de la anécdota o, simple y directamente, se olvide o se desautorice o se vea como error de juventud, aunque no pocos falsificadores se dieron a esa práctica en edad madura y como búsqueda de nuevas vías de expresión y de renovación de su voz literaria: desde Lope de Vega con *Tomé de Burguillos* hasta Antonio Machado con *Juan de Mairena*. Seguramente esa tendencia a la infravaloración tiene que ver con la procedencia religiosa y dogmática del término «apócrifo», que, como se sabe, remite al ámbito de las Sagradas Escrituras y a los libros que la Iglesia reconoce como auténticos y a los que expulsa del canon por falsos. Y, sin embargo, con estos textos evangélicos apócrifos sucede lo mismo que con parte de la literatura falsa: sus historias llegan más y mejor a los lectores y se establecen en la mentalidad como referentes (y creencias) inevitables y sólidas, quizá porque, como escribió Blaise Pascal, «El espíritu cree naturalmente y la voluntad naturalmente ama; de modo que, a falta de objetos verdaderos, es preciso apegarse a los falsos» (*Pensamientos*, parágrafo 81).

Pero «falso» en literatura no ha de tomarse sólo por engañoso en sentido moral o económico, sino también por fabuloso, simulado, fingido, supuesto, que es lo que significa «apócrifo».

Falso y conocimiento

Despreciarlo o menospreciarlo tampoco es actitud positiva, pues eso falso, ese engaño, entre otras cosas, crea identidad, cultura y conocimiento, y no poco de lo que las naciones son lo deben a los mitos, a menudo falsos o manipulados, que lo apócrifo ha consolidado. Lo falso crea identidad —ahí están entre otros los casos conocidos del apóstol Santiago y de la Virgen del Pilar—, tradi-

ción e historia; crea cultura y conocimiento, un conocimiento verdadero cuando sirve para desmontar precisamente las falacias y los engaños de los que procede, y un conocimiento falso, por algunos llamado pseudoconocimiento o pseudociencia, que, como todo lo relacionado con lo apócrifo, tiene más capacidad para permanecer, incluso cuando se desmonta su falsedad, que el conocimiento testado. Es la fuerza generadora de lo falso, imposible de detener y que tanto se desarrolla en su propio ámbito –produciendo nuevos falsos– como invade el que se considera terreno más seguro de la ortodoxia científica.

Un interesante caso, a este respecto, que recorre todo el siglo XX y que tuvo influjo en toda la cultura europea, en los ámbitos de las matemáticas, el arte y las ciencias sociales es el que se refiere a la figura del matemático francés Nicolás Bourbaki. Bourbaki «nació» en 1935 y aún vive, al parecer, pues no ha habido noticias de su defunción. Su influencia en las matemáticas desde los años treinta hasta los setenta y aun después fue decisiva para renovar esta ciencia, apoyándose sobre todo en el concepto de estructura, elaborado por Roman Jacobson y el príncipe Nicolai Trubetzkoy. Este concepto se aplicó así mismo, ya desde el estructuralismo, en la siquiatria, la economía, la antropología, la filología, el arte y generó cambios estéticos y corrientes intelectuales por todos conocidos. El influjo de los estudios matemáticos llegó a esas áreas, en las que se desarrolló de manera extraordinaria como puede verse en Aczel (2006) y en otros trabajos. Pero lo que interesa destacar es que este matemático es una ficción, no existe ni existió. Es la invención de varios profesores franceses reunidos con la intención de progresar en el estado de su materia, que vieron necesaria su creación para canalizar a través de él su proyecto. Diferentes generaciones han pasado por la sociedad Bourbaki, celebrando sus informales coloquios en distintos lugares, incluso, tras visitar El Escorial en 1936, sus miembros fundadores quisieron reunirse en

la localidad madrileña, pero el estallido de la guerra lo hizo imposible.

Los profesores forjaron esta figura como firma de sus obras colectivas, lo cual no pasaría de considerarse un seudónimo si no hubieran dotado al nombre de pasado y personalidad, es decir, si no le hubieran creado un paratexto de credibilidad, hasta el punto de construir un personaje cuyas evidencias personales son los datos sobre su familia, sus tarjetas de visita (algunas olvidadas en hoteles), las invitaciones a la boda de su hija Betti, el certificado de bautismo –procedía de un inexistente país llamado Poldevia– y, por supuesto, su firma al frente de trabajos científicos, entre los que destaca un primerizo «Teorema de Bourbaki». Para dotar de credibilidad al personaje hacía falta que un científico real le diera carta de naturaleza. ¿De qué manera? Como se ha hecho siempre: hablando del falso que se quiere hacer pasar por real, y así, Damodar Kosambi, matemático hindú amigo de los falsarios, publicó en el *Bulletin of the Academy of Sciences of the Provinces of Agra and Oudh Allahabad* su artículo «Sobre la generalización del segundo teorema de Bourbaki», de modo que entraba en el circuito académico siendo objeto de un estudio sobre su trabajo. Su presencia creció, así como la creencia en la realidad del personaje, lo que originó los típicos problemas de ausencia/ presencia que suscita la imposible comparecencia pública a veces necesaria del heterónimo, como ocurrió, por ejemplo, en España con Sabino Ordás, el falso autor que forjaron los novelistas leoneses Luis Mateo Díez, José María Merino y Juan Pedro Aparicio (Rosell, 2015).

La situación de las matemáticas cambió en los años setenta gracias a la labor de este equipo, como consecuencia, las razones que hicieron necesario crear un líder que guiara la refundación de la matemática en Francia desaparecieron, de manera que Bourbaki dejó de publicar, pero no de tener problemas con su editor sobre los derechos de autor, juicio que finalmente ganó en 1980:

nuevo triunfo de lo imaginario sobre la realidad, aunque el triunfo legal fue en realidad su muerte intelectual. Bourbaki es un ejemplo más, aplicado en esta ocasión a la ciencia, de cómo a veces se necesita de un elemento apócrifo para producir una regeneración en algún ámbito del conocimiento y de cómo ese falso produce y genera saber.

Lo falso cautiva. Expediciones al Noroeste

Crear un entorno atractivo hace más creíble la falsificación, o, directamente, la hace creíble. El caso del matemático que se acaba de referir lo confirma una vez más, al utilizar registros y formas comunicativas más cercanos, seductores y cautivantes, que pueden llevar a validar lo falso, como vio John Milton, cuando en *El Paraíso perdido* escribió: «Todo ciencia vana, toda falsa filosofía;/ y, sin embargo, comunicaban seductor encanto» (libro II, vv. 565-566). Ya se sabe que lo falso, por su embrujo, se cree y permanece, incluso si se ha demostrado su falsedad.

Quizá ese fenómeno del espíritu y de la voluntad al que se refería Pascal influya para que algunos quieran alejarse de sí mismos y encontrarse o reconocerse en una figura creada mediante el heterónimo, al usurpar identidades o al crearlas nuevas para vivir en ellas y también de ellas. Para vivir en la impostura, y para hacerla creíble, se necesitan grandes dosis de voluntad, ingenio, energía, buena memoria, capacidad de seducción y encanto. Son muchos los casos conocidos de usurpación e invención de personalidad y abarcan todos los tiempos y espacios, incluido el ciberespacio. Bram Stoker (2009) reunió algunos de ellos en un libro y en España son conocidos casos como el de la Monja Alférez, responsable de una controvertida biografía que en última instancia es el relato de cómo siendo otro pudo dar cuenta de su verdadera vida

y condición sexual, y el del sargento Francisco Mayoral, que se hizo pasar por el cardenal Luis de Borbón al acabar la Guerra de la Independencia para sobrevivir, de cuya peripecia hay también unas memorias (Mayoral, 2008). Otros casos se estudian en Calvo Maturana (2015). Hoy en día un joven capta la atención de los medios de comunicación y no menos sorprendente fue conocer el caso de quien se hizo pasar por superviviente del campo de concentración de Mauthausen y fungía como el presidente de su asociación. Forjaron otra personalidad para vivir, utilizando en su favor las circunstancias.

Menos conocido es, no entre los geógrafos e historiadores de la ciencia, el caso de Lorenzo Ferrer Maldonado, astrónomo, matemático, alquimista y también «capitán» como tantos buscavidas de la época, que en 1609 escribió con gran detalle su viaje apócrifo —«Relación del descubrimiento del estrecho de Anián»— para encontrar el paso del Noroeste desde el Atlántico al Pacífico. Ya se sabe que el viaje lleva anejo su relato y ese relato, como cualquier otro, incita a la ficción y al engaño. Es más, al viajero que cuenta su viaje casi se le supone que va a mentir, exagerar, etc., porque es difícil repetir lo mismo sin introducir una variante, un matiz, una recreación que, paulatinamente, aleja de la realidad de los hechos.

De este modo, Ferrer Maldonado dejó la relación de su supuesto descubrimiento, que obligó después a promover expediciones para que certificaran la existencia y el pretendido descubrimiento de aquel paso. Se aprovechó Ferrer de una cuestión que se debatía desde mucho antes en diferentes reinos europeos: encontrar un paso desde el Atlántico al Pacífico por el Norte (Pimentel, 2003). No por casualidad presenta su «Relación» en 1609; sabía que era asunto candente ya que el año anterior los ingleses mandaron barcos a buscar el paso y la Corona española se estaba planteando hacer lo mismo. Localizar el camino interesaba por razones comerciales y militares, en especial a España y a Inglaterra, poseer-

doras de potentes Marinas y de colonias, y a Francia y a Portugal. De hecho, otros, como el griego Juan de Fuca, también dejaron testimonio de sus intentos... falsos de buscar un paso. Lo peculiar, que no debía parecerlo tanto a la vista de lo señalado sobre el peso y la fuerza de lo apócrifo, es que ese viaje de Fuca, que nunca se realizó, aunque él dejó otra relación, ha hecho que un estrecho lleve su nombre desde 1788 y también una placa tectónica.

Ahora bien, la falsedad de Maldonado fue defendida a lo largo del XVIII por Guillaume-Thomas François Raynal, aunque con dudas, en su *Histoire des deux Indes* y en diversas ocasiones por el geógrafo Jean-Nicolas Buache de la Neuville, lo que propició que Alejandro Malaspina y más tarde Dionisio Alcalá Galiano buscaran el paso en sendas expediciones, que concluyeron su inexistencia (Fernández de Navarrete, 1848; Novo y Colson, 1881). Fernández de Navarrete, haciéndose eco de la seducción ejercida por el texto sobre los científicos europeos y en palabras que recuerdan los pensamientos de Pascal, escribió al respecto:

Tal es la suerte de los hombres, que deslumbrando con ideas magníficas e importantes, suelen alucinar a los mayores sabios, acaso porque el candor de corazón, sin menoscabar la ilustración del entendimiento, suele conservarse mejor entre los que están acostumbrados a tratar más con los libros que con los hombres (1802, L).

De manera que Maldonado, que había sido despreciado en el siglo XVII, tuvo en el XVIII los «patronos y abogados que no logró hallar entre sus coetáneos» (1802, L).

En su relación apócrifa Ferrer da detalles sobre los individuos que ha visto, sobre el idioma en el que se entendió con ellos, el latín, sobre que eran «católicos cristianos», sobre los dos baluartes que habría que levantar y la posibilidad de tender una cadena de un lado al otro del estrecho para defenderlo, sobre la flora (exube-

rante...) y fauna, etc. Aunque no alude a ello, el texto, como otros, se puede relacionar con el mito y la polémica sobre unos descubridores de América anteriores a Cristóbal Colón, cuestión acerca de la que hay mucha producción falsa, alguna de la cual puede verse en (Fritze, 2010). Había malvivido Ferrer Maldonado de defraudar y falsificar documentos —era también buen dibujante como demuestran las ilustraciones de su «Relación»—, había presentado sin éxito, pero atendiendo siempre a los intereses del momento, otros supuestos descubrimientos científicos y seudocientíficos vinculados a la alquimia, como el hallazgo de la clavícula de Salmón que convertía en oro cualquier metal, y su vida habría cambiado si la Corte hubiera aceptado su proyecto, en el que detallaba así mismo el número de naves que debían formar la expedición, las cantidades de alimentos, armas, personal, repuestos, etc. que eran necesarias para hacer la travesía. Si algunos pudieron vivir como quisieron gracias a recurrir al expediente de lo falso, otros, como Lorenzo Ferrer, no lo consiguieron, a pesar de detectar lo que importaba en ese momento y saber que podía sacar provecho.

Conviene recordar que, como tantos falsarios, fue hombre de cultura y dejó escritas otras obras, como la *Imagen del mundo sobre la esfera, cosmografía y geografía, teórica de planetas y arte de navegar* (1626), publicada en Alcalá de Henares, póstuma, pues murió en 1625. Su relación del descubrimiento del paso de Anián es un relato creíble para los no expertos, bien escrito y obra de alguien que no era un ignorante; contiene todos los rasgos y elementos necesarios para hacerla creíble.

Falso por error

En todo caso, unos y otros necesitaron de lo apócrifo para realizarse como individuos, mientras en su lucha por la vida for-

jaban también nuestra cultura, la auténtica y la que no se tiene por tal.

Lo apócrifo, lo falso, crea identidad, nación y conocimiento. Ya se sabe. El siguiente caso es el de un erudito que forja un falso sin quererlo, precisamente al creer que está corrigiendo una superchería. Un ejemplo de exceso de suspicacia y falta de información. En 1631 Francisco de Quevedo publicó las poesías del bachiller Francisco de la Torre. En la dedicatoria y al dirigirse «A los que leerán» cuenta cómo dio con los versos, comprados a un librero. El manuscrito tenía la aprobación de Alonso de Ercilla pero el nombre del autor había sido borrado en cinco lugares, que debían corresponderse con la portada, las aprobaciones y las censuras; aun así él fue capaz de deducir que se trataba de Francisco de la Torre. Además de estas pocas noticias sobre el original, sitúa al autor, habla de sus características y lo coloca como maestro de Fernando de Herrera. El tomito se completa con unas traducciones del Brocense de obras de Horacio y Petrarca.

Luis José Velázquez, el erudito del siglo XVIII que escribió una historia de la poesía, reeditó el libro en 1753, pero le añadió un discurso por el que demostraba que «el verdadero autor» había sido Quevedo. En realidad, Velázquez se equivocaba, pero de nuevo lo que interesa es destacar la capacidad generadora de lo falso y cómo, en ocasiones, sirve para proponer una alternativa al discurso cultural, poético en este caso. Otros ejemplos se pueden ver en Rosell (2011, 2012) y Álvarez Barrientos (2014).

El erudito dieciochesco llega a la conclusión de que el autor es Quevedo porque los versos están en su línea poética y no en la del Francisco de la Torre que aparece en el cancionero, porque en la época en que se supone habría sido escrito no se hacía con ese estilo y ese mundo referencial, porque le parece sospechoso y propio de un falsario el paratexto, ficción a propósito para ocultar el nombre. Hay que añadir que una de las estrategias más fre-

cuentas de los falsarios es presentarse como editores. Velázquez emplea criterios cronológicos y estilístico-técnicos para decir que este Torre no es el citado por Boscán, ya que ni su estilo se corresponde, ni su lenguaje y, para demostrarlo, añade al final del volumen algunos ejemplos de los versos tomados del Francisco de la Torre que aparece en el cancionero. Usa también el criterio del silencio, pues nadie habla en su supuesta época de Torre ni hay referencias a él. Además piensa que la aprobación de Ercilla no existió porque, de lo contrario, Quevedo la habría incorporado. Concluye que se trata de versos de juventud de don Francisco, que nunca publicó sus obras, pero no quiso dejar éstos con su nombre, y señala otros poetas que hicieron lo mismo: Gerónimo Bermúdez que firmó como Antonio de Silva, y Lope de Vega que empleó a Tomé de Burguillos. Pero además afirma que Quevedo habría querido valorar la poesía castellana y su lenguaje claro frente a la griega y la latina proponiendo esos versos como modelo.

Éste es un punto importante de la argumentación de Velázquez, que va más allá en su investigación para demostrar que son de la minerva de Quevedo, ya que, según su hipótesis, habría hecho algo parecido a lo que intentó Lope con Tomé de Burguillos, es decir, proponer un patrón de escritura claro, alternativo al de los culteranos. Y para ello el erudito repara en que Quevedo fue uno de los aprobantes de las *Rimas* del heterónimo lopesco. El otro había sido el maestro Valdivieso, que hizo lo propio con las poesías editadas por Quevedo, es decir, que también estaba en el ajo. El falso de Lope induce la interpretación de Velázquez y le equivoca hasta el punto de que le hace crear un falso al atribuir a Quevedo los poemas de Torre. Pero además, Velázquez se equivoca porque las *Rimas* de Tomé de Burguillos se publicaron en 1634 y las obras del bachiller en 1631, si bien es cierto que Lope inicia la invención del heterónimo en 1620.

Velázquez sabe también que Quevedo publicó ese mismo año las poesías de Fray Luis de León con el mismo objetivo ejemplar y sabe así mismo que los aprobantes fueron Van der Hammer y Valdivieso, los mismos que los de las obras del bachiller. Por tanto, considera que todos estaban en el complot, y que el objetivo era proponer una alternativa a la tendencia poética nueva que estaba de moda, la luego denominada culterana. Eso es, además, lo que hizo Lope con Tomé de Burguillos, y no se olvide que los aprobantes de las *Rimas* de este fueron Valdivieso y Quevedo. Es decir, todo encajaba dentro de un plan para reprimir y criticar la nueva preferencia poética.

Si, según Velázquez, Valdivieso y Van der Hammer ayudaron a Quevedo en su superchería, a él le apoyaron Ignacio de Luzán, censor, y Agustín de Montiano, aprobante de su libro, partidarios como el mismo Velázquez de la estética clasicista. Ambos creen sus argumentos y están convencidos de que los versos son de Quevedo. Y hacen algo más: como el mismo editor y como habría pretendido el Señor de la Torre de Juan Abad, presentan los poemas como un modelo para que los poetas contemporáneos abandonen los barroquismos y lo que algunos han llamado la estética rococó. Veinte años después, en 1776, Cándido M.^a Trigueros inventaba a Melchor Díaz de Toledo, «poeta del siglo XVI hasta ahora no conocido» con el mismo designio reformador (Álvarez Barrientos, 2014).

Lo falso y lo auténtico se entremezclan, dialogan a lo largo de la historia, a menudo con objetivos similares, pues son respuestas a las mismas preguntas e inquietudes y, como en el caso de Luis José Velázquez, pueden llevar al error o a la falsa atribución por falta de conocimientos, exceso de suspicacia y por pensar como lo haría un falsario.

Falso e Historia

Los falsos literarios producen efectos perturbadores y erróneos sobre la historia literaria (como sobre cualquier otro relato historiográfico). Por ejemplo, se han citado rimas y prosas de Gustavo Adolfo Bécquer como suyas y sobre ellas se han levantado interpretaciones de su obra, cuando de esas rimas y prosas era responsable Fernando Iglesias Figueroa (Álvarez Barrientos, 2014). En la historia son también numerosos estos casos. Uno que está de actualidad gracias al reciente libro de José Antonio Escudero (2014) es el referido al memorial del conde de Aranda sobre la independencia de América.

Se supone que lo escribió en 1783 y que en él, anticipándose con clarividencia a lo que sucedió después, daba una respuesta al problema del control de los territorios que poseía la Corona. España había apoyado la independencia norteamericana y Aranda veía que lo sucedido allí acabaría ocurriendo en los dominios españoles, por tanto proponía una fórmula que propiciaba su emancipación mediante la creación de tres monarquías.

Este memorial es citado habitualmente por los especialistas, pero ya desde el siglo XIX se duda de su autenticidad, entre otras cosas porque no existe el original, las ideas expuestas son contrarias a las que sobre el mismo asunto escribió en otras ocasiones Aranda, no hay testimonios contemporáneos y porque el primero que se tiene es de 1825, cuando Rafael Morant, oficial del Ministerio de Ultramar y experto en Indias, le envía una copia al duque del Infantado, ministro de Estado. En 1827 apareció otra versión, traducida al francés por el exiliado Andrés Muriel, autor entre otras obras de una *Historia de Carlos IV*. Según diferentes fuentes, que recoge Escudero, el memorial se habría escrito poco antes para desacreditar a Godoy, por entonces en París, ya que el fracaso de la política española en América era flagrante en aquellas

fechas y el Príncipe de la Paz había hecho en 1806 una propuesta similar a la supuestamente presentada por Aranda. Al inventar otra, más de veinte años anterior a la del ministro, se minimizaba su acierto y se le podía acusar de haberla copiado.

Escudero piensa que el autor de la falsificación no fue Morant ni tampoco Muriel, pero que sí estaba en el círculo de éste y que le facilitó el texto que él difundió sin suponer que fuera falso. Es posible que Muriel no sea el responsable, si recordamos que precisamente hablando en su *Historia de Carlos IV del Fragmentum Petronii*, la superchería mediante la cual José Marchena descubría una parte del *Satiricón*, aprovecha para recriminar ese tipo de prácticas por los daños que causan a la historia; además no entiende que se emplee tanto tiempo, energía y conocimiento en atentar contra la verdad. Sin embargo, no fueron pocos los eruditos que falsificaron, porque para hacer bien un falso hay que tener muchos y buenos conocimientos.

Pero Rafael Morant, que llegó a ser ministro del Consejo de Indias, que tuvo cierto papel en la política y cultura del momento, que era experto en el tema y que es el primero en dar noticia —mediante copia que no dice de dónde saca, igual que falsarios como Adolfo de Castro al presentar su *Buscapié* cervantino—, es posible que sí fuera el responsable de la falsificación. Lo da a conocer en 1825, precisamente cuando se intensifican los problemas con las colonias —en 1824 la derrota de Ayacucho llevó a que al año siguiente Inglaterra reconociera a México y Colombia—, y se lo manda al recién nombrado ministro de Estado para intentar mejorar su situación, declarándose además «realista legítimo» tras el trienio Liberal (Escudero, 2014,). La carta con la que se lo envía da la impresión de querer hacerse perdonar algo o de querer acallar algún rumor que le perjudica políticamente. Morant tiene muchas posibilidades de ser el autor, aunque, según señala Escudero, el texto de Morant y el de Muriel no son iguales, incluso la

copia de que dispuso éste podría ser anterior a la de Morant, lo que induce a pensar que son dos copias de un texto anterior.

Por otro lado, las razones para inventar este memorial reservado no están claras. ¿Para congraciarse o medrar Morant, justo cuando los asuntos americanos pasaban a ser competencia del duque del Infantado? ¿Para desfigurar la imagen de Godoy, en el caso del círculo de Andrés Muriel? En todo caso, el documento ha continuado su trayectoria en la historiografía, sea falso o no, a pesar de las sospechas que levantó ya en el siglo XIX Ferrer del Río, y ha servido a los historiadores para elaborar sus interpretaciones, del mismo modo que los falsos viajes de Fuca y de Ferrer Maldonado han alimentado la imaginación de novelistas y en sus obras han perdurado, como también permanece con mucho éxito *En la Patagonia*, el falso y adulterado libro de viajes escrito por Bruce Chatwin.

Una anticipación cubista: Góngora y El Greco se escriben

El último caso que traeré a colación implica a pintores y eruditos como Julio Cejador, un hombre controvertido. Conocedor de varias lenguas, historiador de la lengua y la literatura españolas, estuvo siempre enfrentado a la Real Academia Española, que nunca lo tuvo por uno de los suyos. Hacia 1923 publicó un libro en el que se mofaba de sus miembros –los *Mamarrachos académicos*– y en él incluyó una carta falsa de Marcelino Menéndez Pelayo, que autorizaba sus críticas y propuestas (Álvarez Barrientos, 2014). Quizá en el origen de esa epístola esté la correspondencia fraudulenta que se publicó en 1921 entre Góngora y El Greco en el número uno de *Índice*, la revista de Juan Ramón Jiménez, asunto en el que tuvo algún papel. Se trata de tres cartas, dos de El Greco a Góngora y una de éste al primero, que los editores dicen conocer

gracias a sus colegas de *L'esprit nouveau*, la revista fundada por Le Corbusier en 1920.

Como en otras ocasiones incorporaban un paratexto en el que, con humor, comunicaban que uno de sus colaboradores, que prefería mantener el anonimato, había recibido el epistolario «en forma que preferimos callar, aunque no del todo reprobable». El humor se extendía al título con que lo presentaban: «Góngora y El Greco precursores del cubismo», y es que en las tres cartas se hacían observaciones como estas: «una esfera es la cabeça del hombre y el tronco un cubo con sendos cylindros» (Góngora); «el tronco de pyrámide y los dos cylindros a que la cara puede reducirse cuando no a un emisferio y a un cubo» (El Greco). He mantenido la grafía porque es una burda manera de anticuar el texto y hacer que parezca verdadero. Por alusiones internas, las cartas descabalan la cronología y lo que se sabe de la vida del poeta, algo que preocupaba a los redactores, que, a su vez, reflexionan sobre ambos artistas como anticipadores del cubismo y del impresionismo, pues hay también alusiones a cómo la luz descompone los objetos. Hay que señalar que quienes forjaron esta superchería y veían a El Greco como precursor de las pinturas de la vanguardia no estaban tan desenfocados, a la vista del influjo que su pintura ha tenido en pintores posteriores como Giacometti, Pollock, Chagall, Modigliani, Kokoschka, Schiele, Picasso, Cezanne, Bacon y otros, según se ha podido ver en la exposición *El Greco y la pintura moderna*, presentada en el Museo del Prado bajo el comisariado de Javier Barón.

Por otro lado, estas cartas no son las únicas falsas que se conocen de El Greco o con él relacionadas. El pintor Jerko Fabkovic también fingió otras que el griego habría dirigido a Giulio Clovio (Marías, 2014). Las de *Índice*, en las que seguramente estuvieron implicados Alfonso Reyes, José Bergamín y Enrique Díez-Canedo, quizá sean una burla del tipo de interpretaciones que se hacían de

su pintura, pues el tono de broma es claro, o una intuición de algo demostrado ahora de sobra: la fuerza de una pintura que ha inspirado estilizaciones posteriores.

La intervención de Julio Cejador en este asunto se dio en el número dos de la revista, a la que envió una carta señalando que las supercherías hacen mucho daño a la República de las Letras y que las tres epístolas son falsas, escritas en el siglo XX, y para demostrarlo le basta con poner un ejemplo: la construcción «tanto más cuanto que», «enteramente desconocida» en el siglo XVI. Los redactores le contestan con ironía y destacan que la suya sí es auténtica y que la guardan y custodian en su archivo para que pueda ser consultada por cualquier curioso.

Aunque no es necesario, la cercanía de los años pudo llevar a Cejador a introducir la misiva falsa en su libro, del mismo modo humorístico y crítico en que lo hicieron los redactores de la revista para autorizar con la figura de Marcelino Menéndez Pelayo sus críticas y propuestas ortográficas y gramaticales. Por otro lado, en un caso como en otro —en la revista como en su libro—, lo falso funciona como reclamo para lectores.

* * *

Retablo, proliferación de engaños, falsos e imposturas, conceptos que aceptamos aunque cada vez se cuestione más que algo sea falso o auténtico, prefiriendo hablar más de intermediaciones que permiten construir un mercado, una cultura, unas actitudes y conductas a las que llamar falsas y auténticas, en virtud de unas necesidades económicas neoliberales que en realidad no son muy distintas de las anteriores al neoliberalismo. Todo ello efecto del momento «líquido» e «hipermoderno» que vivimos, que nos sumerge en la relativización.

En cualquier caso, estos han sido ejemplos de vitalidad de la literatura a lo largo del tiempo, que toma formatos nuevos para

desbordar géneros y marcos de producción e invadir así el territorio de la vida con la pretensión de hacer de la ficción, de la mentira, verdad.

J. Á. B.

BIBLIOGRAFÍA

- ACZEL, Amir D. *The Artist and the Mathematician: The Story of Nicolas Bourbaki, the Genius Mathematician Who Never Existed*, New York: Thunder's Mouth Press, 2006.
- ÁLVAREZ BARRIENTOS, Joaquín. *El crimen de la escritura. Una historia de las falsificaciones literarias españolas*, Madrid: Abada editores, 2014.
- ANÓNIMO. «Góngora y El Greco. Góngora retratado por El Greco. Góngora y El Greco precursores del cubismo. Un epistolario inédito», *Índice*, n.º 1 y 2, Madrid, 1921.
- CALVO MATURANA, Antonio. *Impostores. Sombras en la España de las luces*, Madrid: Cátedra, 2015.
- DÍAZ DE TOLEDO, Melchor [Cándido M.^a Trigueros]. *Poetas de... Poeta del siglo XVI hasta ahora no conocido*, Sevilla: Imp. de Manuel Nicolás Vázquez y Cía., 1776.
- ESCUADERO, José Antonio. *El supuesto memorial del conde de Aranda sobre la independencia de América*, México: UNAM, 2014.
- FERNÁNDEZ DE NAVARRETE, Martín. *Relación del viaje hecho por las goletas Sutil y Mexicana en el año de 1792 para reconocer el estrecho de Fuca, con una introducción en que se da noticia de las expediciones ejecutadas anteriormente por los españoles en busca del paso del Noroeste de la América*, Madrid: Imp. Real, 1802. Hay edición facsímil con introducción de M.^a Dolores Higuera y M.^a Luisa Martín-Merás, Madrid: Editorial Naval, 1991.
- y FERNÁNDEZ DE NAVARRETE, Eustaquio. «Examen histórico-crítico de los viajes y descubrimientos apócrifos del capitán Lo-

- renzo Ferrer Maldonado, de Juan de Fuca y del almirante Bartolomé de Fonte», en *Colección de documentos inéditos para la historia de España*, XV, Madrid: Imp. de la viuda de Calero, 1849, pp. 5-363.
- FERRER MALDONADO, Lorenzo. «Relación del descubrimiento del estrecho de Anián», en *Colección de documentos inéditos, relativos al descubrimiento, conquista y organización de las antiguas posesiones españolas en América y Oceanía, sacadas de los archivos del reino y muy especialmente del de Indias*, V, Madrid: Imp. de Frías y Cía., 1866, pp. 420-447.
- FRITZE, Ronald H. *Conocimiento inventado. Falacias históricas, ciencia amañada y pseudo-religiones*, Madrid: Turner, 2010.
- MARÍAS, Fernando. «Los Apóstoles del Greco ayer y hoy: de modelos ejemplares a “locos de Dios”», en MARÍAS, Fernando, CARLOS VARONA, M.^a Cruz de y CARROBLES, Jesús (eds.), *El Greco: los Apóstoles, santos y ‘locos de Dios’*, Toledo: Fundación El Greco, 2014, pp. 15- 51.
- MAYORAL, Francisco. *Historia verdadera del sargento Mayoral, escrita por él mismo*, ed. Fernando Durán, Sevilla: Espuela de Plata, 2008.
- NOVO Y COLSON, Pedro de. *Sobre los viajes apócrifos de Juan de Fuca y de Lorenzo Ferrer Maldonado*, Madrid: Imp. de Fortanet, 1881, pp. 47-165.
- PIMENTEL, Juan. *Testigos del mundo. Ciencia, literatura y viajes en la Ilustración*, Madrid: Marcial Pons, 2003.
- ROSELL, Maria. «Octavi de Romeu, el caso de un dandi (post)modernista», en Joaquín Álvarez Barrientos (ed.), *Imposturas literarias españolas*, Salamanca: Publicaciones de la Universidad de Salamanca, 2011, pp. 188-214.
- *Los poetas apócrifos de Max Aub*, Valencia: Publicaciones de la Universidad de Valencia, 2012.
- *La superchería moderna en las artes y las letras: el otro Max Aub*, Salamanca: Ediciones Universidad de Salamanca, 2015.
- STOKER, Bram. *Famosos impostores*, Barcelona: Melusina, 2009.

TORRE, Francisco de la. *Obras del bachiller...* Dalas a la impresión don Francisco de Quevedo Villegas, Caballero de la Orden de Santiago, Madrid: Imprenta del Reino, 1631.

VELÁZQUEZ, Luis. *Poestas, que publicó don Francisco de Quevedo Villegas [...] con el nombre del bachiller Francisco de la Torre.* Añádese en esta segunda edición un discurso en que se descubre ser el verdadero autor el mismo don Francisco de Quevedo, por..., Madrid: Imp. de música de don Eugenio Bienco, 1753.

